

Globalización conflictiva

"El Comercio"
9/Enero/2003

HUGO
PALMA
Embajador

*El problema, como
antaño, es que las visio-
nes políticas suelen
ser miopes*

Doscientos muertos y decenas de candidatas a Miss Mundo huyendo aterrizadas de Nigeria, para continuar el concurso en un lugar seguro, son la última y penosa muestra de que la globalización es también fuente de desencuentros y hasta conflictos. Poco duró la expectativa de que el derumbe del Muro de Berlín abriera paso a una nueva era de racionalidad y cooperación entre sociedades y estados en el marco de la globalización.

Muchos pensaron que esta debía ser el factor aglutinante de nuestra aldea global, en torno a tendencias como la liberalización y apertura económica, la libertad política y el crecimiento de los espacios democráticos, el respeto de los derechos humanos y la observancia del derecho internacional. El fin de la historia que predicaba Fukuyama representaba entonces una visión ideal en que la paz, la estabilidad y el orden acompaña-

ñarían el incesante progreso de la ciencia y la tecnología con mayor bienestar para todos. Sin embargo, las expectativas, sinceras o no, nunca fueron explicitadas en entendimientos o acuerdos de alcance general. La modernización económica, entendida como privatización y apertura de mercados, no estuvo siempre aparejada a la liberalización política y al desarrollo de la cultura democrática.

Al cabo de apenas una década, verificamos que el mundo no se ha vuelto más seguro o menos pobre. Por el contrario, la probabilidad de mayores descalabros crece inexorablemente. El enfrentamiento clásico entre países ha sido sucedido por una diversidad de situaciones conflictivas y una tesis presentada por Huntington plantea que el conflicto se dará entre civilizaciones, con el Islam como uno de los actores fundamentales. Ello no tiene necesariamente que ser así e in-

cluso aceptar el planteamiento contribuye al eventual autocumplimiento de la profecía. Sin minimizar la importancia de las cuestiones religiosas, culturales o ideológicas, debe analizarse cuidadosamente el peso de los sempiternos apetitos de poder de individuos, grupos o Estados en su exacerbación.

La visión de una globalización constructiva e integradora se frustra entonces en las turbulencias que producen las relaciones económicas injustas en lo internacional y al interior de los Estados, en asperezas y hasta violentas crispaciones de identidad como la reacción en Nigeria contra un concurso mundial de belleza femenina, que algunos consideran símbolo de modernidad y otros agresión cultural y religiosa, en las continuadas violaciones de los derechos humanos, en la multiplicación de los conflictos internos y en la escandalosamente insuficiente e inadecuada cooperación internacional. No extraña entonces que en diversas partes del mundo se produzcan manifestaciones contra la globalización o que frente a la falencia funcional de los Estados sean necesarias tantas acciones de intervención de Naciones

Unidas en situaciones conflictivas que arrojan catástrofes humanas de espanto. A este panorama se añade, obviamente, la inquietante centralidad del terrorismo, cuyas sinistras posibilidades se amplían hoy a la escala de la globalización.

¿Significa todo esto que estamos condenados a una creciente conflictividad que deberá llevarnos en un plazo indeterminable a una lucha de todos contra todos? No necesariamente. Nunca antes las capacidades técnicas, científicas y hasta financieras para atender los auténticos problemas de la humanidad fueron tan grandes como ahora. El problema, como antaño, es que las visiones políticas suelen ser miopes. Muchas veces quienes toman decisiones políticas valoran más sus intereses personales o partidarios que sus responsabilidades históricas y frente a la difícil concertación saben que la confrontación da popularidad. Para bien o para mal, la globalización los coloca hoy frente a la alternativa de asegurar el destino de una humanidad digna de su nombre o de llevarla a una vorágine de conflictos de la que no se sabe si habrá salida